

allí la peste la vecindad del ejército, Vicente de Paúl les envió un cirujano para atender á los enfermos, sacerdotes para confesarlos, 16 grandes panes blancos y 15 pintas de vino y les anunció que al día siguiente un carro tirado por tres caballos les llevaría harina y vino. Esto bastaba quizás para aliviar la miseria de Palaiseau pero ¿qué significaba la miseria de Palaiseau comparada con la inmensa miseria?

#### VI.—Ruinas políticas (1)

No menos lamentables fueron las ruinas políticas.

Monsieur, que se había fugado de París en la madrugada del día siguiente al de la entrada del rey, firmó una paz infame, como era su costumbre, denunciando á aquellos mismos á quienes había aconsejado. Condé, que mandaba las tropas de España, fué condenado por el Parlamento «á perder el nombre de Borbón y la cualidad de príncipe de la sangre y á sufrir la pena de muerte en la forma que á Su Majestad le plazca ordenar;» su hermano Conti, en cambio, se reconcilió casándose con una sobrina de Mazarino, y dicese que poco le importaba cuál fuese, pues con quien quería casarse era con el cardenal. Mademoiselle, más honrada y más orgullosa, esperó algún tiempo antes de pedir indulgencia; en 1657 fué llamada á la corte, y la Reina, después de haberle confesado que más de una vez había sentido tentaciones de estrangularla, la besó y la presentó al rey, diciéndole: «Aquí tienes una señorita que está muy disgustada de haber sido mala y que en lo sucesivo será muy buena.» Y así terminaron las tristes calaveradas de la familia real.

Mazarino no quería á los franceses y más de una vez demostró su menosprecio á la nación; pero la bajeza de varios de los más grandes señores aun sobrepujó sus esperanzas. Los matrimonios de las sobrinas del hombre que había sido vilipendiado é infamado de todas maneras, son una de esas cosas de que hablaba Michelet, que hacen «daño al corazón.» Cuando el cardenal trajo á la corte «al escuadrón» de sus sobrinas italianas, á todas ellas les predijeron una gran suerte, que efectivamente lograron: en 1651, Mercœur, nieto de Enrique IV, se casó con Laura Mancini; y aunque la Fronda las dispersó, cuando regresaron, después de la rehabilitación del cardenal, las más ilustres damas de Francia salieron á recibir las fuera de la puerta de San Honorato, como si se tratara de reinas ó de grandes princesas. Ana María Martinozzi se casó con el príncipe Conti y Olimpia Mancini con Eugenio de Saboya; y merced á estas dos bodas y á la antes mencionada, la sangre de los Mazarino se mezcló con la sangre de Francia. Además, Ana María Mancini se casó con el duque de Bouillon y Hortensia Mancini con Carlos Armando de La Porte de la Meillaie, que si bien era señor de menos categoría que los anteriores, era sobriño segundo de Richelieu y Mazarino había querido unir las dos dinastías cardenalescas, pensando tal vez que podían equipararse con las dinastías reales. La familia mazarina llegó á ser una de las grandes familias

(1) A. Renée, *Les nièces de Mazarin*, París, 1858, 2 vol. — L. Perey, *Le Roman du Grand Roi, Louis XIV et Marie Mancini*, París, 1854.

de la cristiandad, tanto que hasta se habló del matrimonio de una sobrina con el rey de Inglaterra y del de otra con el rey de Francia. El cardenal, si hubiese querido, habría encontrado novios para sus mismas hermanas: el duque de Anville, que por un momento había esperado casarse con una de sus sobrinas, deseó luego á una de sus hermanas; un obispo á quien el duque había suplicado que fuera su intermediario, escribía al cardenal: «Parece que este buen hidalgo tiene gran pasión por verse honrado con la alianza de Vuestra Eminencia, puesto que después de las proposiciones que hizo para una de las señoritas vuestras sobrinas..., su inclinación continúa ahora por una de las señoras sus madres.»

Todos cuantos habían combatido á Mazarino se humillaron de este modo ó fueron humillados. La Casa consistorial se purificó de las manchas de la insurrección; en efecto, algunos días después del regreso del cardenal, la municipalidad le invitó á un gran banquete, en el que se brindó á la salud de Su Eminencia y «de todos los Mazarinos;» y entonces, «apresurándose cada cual á dar público testimonio de cuán gloriosa y agradable le era esta cualidad, razonaron á porfía uno de otro.» Las salas del palacio municipal estaban llenas de señoras de la burguesía que «sentían ansia por ver á una persona á quien llamaban milagro de la naturaleza.» El día 4 de julio del mismo año, aniversario de la matanza, fué el rey á la Casa consistorial para ver unos fuegos artificiales que se disparaban en la plaza de Greve; en el patio del palacio municipal estaba erigido una estatua del monarca, representado como un semidiós, con el rayo en la mano, un pie sobre la discordia, cuya antorcha estaba apagada, y el otro sobre un buque volcado, el propio buque de las armas de París.

El Parlamento no se resignó á confesar inmediatamente su derrota; y no es cierto que quedara abrumado por un gesto y una frase del rey en la sesión de 13 de abril de 1655. La leyenda de aquella jornada es bien conocida: el rey se entera en Vincennes de que el Parlamento va á deliberar sobre edictos que habían sido registrados en presencia suya, acude presuroso al palacio en traje de caza y látigo en mano, regaña y amenaza, y habiendo el primer presidente Pomponne de Bellievre invocado el interés del Estado, replica: «¡El Estado soy yo!» El rey era incapaz de tan brutal inconveniencia, y la única particularidad de su visita consistió en presentarse en traje familiar y en prohibir las deliberaciones sin guardar las formas acostumbradas. El Parlamento, en su consecuencia, envió á Vincennes una diputación, quejándose de que Su Majestad hubiera procedido «de un modo extraño y muy distinto del de sus predecesores.» La diputación fué muy bien recibida y el Parlamento continuó examinando los edictos; Mazarino, después de haberle amenazado con la «última tempestad,» cedió en algunos puntos. Todavía á fines de mayo se reunieron las cámaras decidiendo formular representaciones; bien es verdad que no llevaron á cabo esta resolución.

La corte recompensó generosamente la docilidad de los parlamentarios; así el presidente Pomponne de Bellievre, antiguo frondero, pero del todo reconciliado, que tenía gran afición á los caballos, á los perros, á la caza y á la gran vida señorial, recibió una gratificación de

300.000 libras. Fouquet, á la vez procurador general y superintendente, lisonjeaba á los consejeros de la oposición que «arrastrarían» á los demás, y el mediador de estos buenos oficios era Gourville, uno de los más extraños hombres de negocios de aquel tiempo. Un día Fouquet le habló del presidente Le Coigneux como de un personaje «á quien había que ver;» Gourville encontró en una cacería á este magistrado, quien le explicó que estaba haciendo arreglos en su casa de campo y que había comenzado una terraza, y entonces aquél le insinuó que el superintendente podría ayudarle á terminar tan hermosa obra.

«Dos días después, dice, recibí orden de pagarle dos mil escudos y de hacerle esperar que no pararía aquí a cosa; y á los pocos días, presentóse en el Parlamento una ocasión, en la que Fouquet comprendió perfectamente que lo que había hecho había dado buen resultado.»

De suerte que en todas partes ha cesado la resistencia; mas no por esto se crea que en el momento en que la Fronda tocaba á su fin, fuese la monarquía universalmente amada y respetada en el reino de Francia.

Durante aquella revolución había surgido toda una literatura libelista. El *Théologien politique* («Teólogo político») declara que se debe obediencia á los reyes que «exigen cosas justas y razonables,» y que «la conservación de la vida y de la libertad contra la opresión inicia no sólo es lícita, sino también equitativa y santa,» por mandato de «Dios y de la Naturaleza.» El *Discours chrétien et politique* («Discurso cristiano y político») enseña que «no son los reyes los que hacen los pueblos, sino que, por el contrario, son los pueblos los que hacen los reyes.» Un libelista latino no reconoce la realeza más que en Jesucristo, porque es el único que ha podido decir: «Vosotros no me habéis elegido; soy yo quien os ha elegido á vosotros,» al paso que los demás reyes han sido los elegidos de los pueblos. El mismo escritor celebra el poder de Dios «que quita el aliento á los príncipes, desata el cinturón de los reyes y les ciñe una cuerda alrededor de los riñones.»

La reina fué insultada en escritos como *La France perdue par les favoris et les reines amoureuses* («Francia perdida por los favoritos y por las reinas enamoradas»); la plebe vomitó sobre ella y sobre su Mazarino horrores «que habrían merecido la horca si el rey hubiese sido el amo.» La injuria alcanzó al mismo rey, puesto que algunos criados que llevaban su librea fueron apaleados por gentes que aullaban que los reyes «ya no están de moda.» El autor de un libelo pone en boca del monarca, contestando á «la Francia afligida» que describe sus miserias:

«Si Francia está de luto, que lllore y suspire; en cuanto á mí, quiero cazar, galantear y reír.»

Y se llegaron á escribir frases revolucionarias como la siguiente: «Los grandes sólo son grandes porque los llevamos sobre nuestros hombros; no tenemos más que arrojarlos para sembrar de ellos la tierra.»

Pero las frases de los teólogos no eran más que frases viejas que desde hacía mucho tiempo se reproducían en los momentos de perturbación y que no causaban otro efecto que armar brazos de asesinos como el monje Clement y Ravaillac; y las injurias no eran sino

injurias con las cuales se desfogaban cóleras, por otra parte harto justas. Nadie tenía un programa de cosas realizables, y aunque se habló mucho de República, ¿por qué medios la habrían instaurado los que de ella hablaban; sobre qué tradiciones, fuerzas y consentimientos la habrían fundado (1)?

El verdadero estado de Francia después de la Fronda es un cansancio infinito. Un agente inglés lo describió perfectamente en 1655; según él, si Condé, refugiado entre los españoles, obtenía una victoria importante, habría una gran revolución; pero, añade, «su partido está completamente aniquilado.» Los grandes señores se quejan, «mas no conozco uno solo que sea capaz de nada;» los cortesanos están descontentos, pero «una pequeña suavidad» basta para apaciguarlos; la nobleza está «arruinada de tal modo,» que es incapaz de montar á caballo para hacer una campaña; el clero «depende en absoluto de la corte y del favorito» que reparte los beneficios; los parlamentos están todos «esclavizados» y los parlamentarios «no se atreverían á hablar;» las grandes ciudades «sólo desean reposo y detestan á todos los que han sido autores de los últimos disturbios;» y en París todo el mundo detesta el actual gobierno, pero se somete á él de buen grado... Nadie quiere oír hablar de una mudanza, y esto es positivo (2).

El gran hastío de esas turbulencias sin provecho y sin honor; una reacción á la francesa, que pasa de un extremo á otro, de la agitación al horror de la «mudanza;» nuestro hábito nacional de desistir de todo por disgusto ó por desaliento; he aquí lo que vemos al final de la Fronda, ese esfuerzo tan miserable contra la autoridad del rey que permanece en pie, en medio de la ruina universal y que aun resulta realizada por esta ruina.

### CAPITULO III

#### DESPUÉS DE LA FRONDA (3)

I. La política y la guerra desde 1648 á 1660. — II. La hacienda y los asentistas; el superintendente Fouquet. — III. El jansenismo. — IV. Muerte de Mazarino.

#### I.—La política y la guerra desde 1648 á 1660

Los cinco años de la Fronda habían hecho perder á Francia en Italia los presidios de Toscana, que recobraron los españoles, y Casale, cuya guarnición francesa expulsó el duque de Mantua; en la Flandes marítima,

(1) H. See, *Les idées politiques à l'époque de la Fronde*, en la «Revue d'histoire moderne et contemporaine,» tomo III, páginas 113-138.—La idea con más frecuencia expuesta es la de que el rey debe gobernar por sí mismo y de que el régimen del ministerio inaugurado por Richelieu es una tiranía.

(2) Véanse extractos de memorias de agentes ingleses en Fellet, *La misère au temps de la Fronde*, pág. 502 y sig.

(3) FUENTES: las *Lettres du cardinal Mazarin* ya citadas en la pág. 1. El texto del tratado de los Pirineos y del contrato matrimonial de Luis XIV, en Vast, *Les grands traités... Mignet, Négociations relatives à la succession d'Espagne*, París, 1835-1842, 4 vol. (Documentos inéditos). *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu'à la Révolution française*, publicado bajo los auspicios del Ministerio de Negocios extranjeros; véanse especialmente los volúmenes *Suecia, España y Portugal*. Las *Relazioni* de los embajadores venecianos y las memorias ya citadas, particularmente las de Brienne, de Turenne, de Gramont y del duque de Guisa.

OBRAS DE CONSULTA: Valfrey, *La diplomatie française au*



Dunkerque, Gravelinas, Mardick y Furnes; y al otro lado de los Pirineos, Cataluña.

Durante seis años más se prolongó la guerra entre dos adversarios fatigados é incapaces de asestar golpes de esos que obligan á deponer las armas. En 1653, Condé, que se había puesto al servicio de España, se apoderó de Rocroi y fracasó en Arrás, que Turena libertó; en 1655, tomó Saint-Guillain, y Turena ocupó Landrecies; en 1656, obligó á Turena á levantar el sitio de Valenciennes, fracaso de las armas reales que causó gran inquietud al cardenal. Mazarino buscó una alianza para acabar de una vez con los españoles y, no pudiendo esperar nada de Holanda, se dirigió á Inglaterra.

España, por su parte, también solicitaba al protector, el cual no sabía á cuál de las dos alianzas inclinarse: si se declaraba contra Francia, halagaría el sentimiento popular inglés y se vengaría de la hospitalidad otorgada por la corte francesa á los Estuardos; pero, en cambio, la guerra contra España daría ocasión para fustigar á aquella monarquía papista y al mismo tiempo para atentar contra su imperio colonial. El protector, cuya política encontraba felices combinaciones entre lo sagrado y lo profano, pidió á los españoles la libertad del comercio en las Indias occidentales y para los ingleses residentes en España el derecho de poseer una Biblia, sin peligro de verse por ello molestados por la Inquisición; y habiendo aquéllos rechazado tales peticiones, envió á las Antillas una flota que si bien no pudo apoderarse de Santo Domingo en 1655, ocupó la Jamaica. Esto no obstante, no se daba ninguna prisa por concertar un tratado con Francia, y en una carta escrita en el mes de mayo del citado año, echaba en cara á Luis XIV las violencias cometidas por tropas francesas que se encaminaban al Piamonte contra los vaudenses de los Alpes, y hablaba de enviar 50.000 hombres á Italia, sabiendo, por otra parte, que de nada le servirían.

Al fin la declaración de guerra que le hizo España en noviembre de 1655 decidió á escuchar con más benevolencia las proposiciones francesas, aunque se hizo pagar muy cara la alianza ofensiva y defensiva que aceptó en 23 de marzo de 1657, y por virtud de la cual Francia é Inglaterra atacarían juntas Dunkerque, Mardik y Gravelinas, é Inglaterra sola bloquearía los puertos y desembarcaría 6.000 hombres, y al firmarse la paz conservaría en su poder Dunkerque y Mardik. Mazarino, pues, no tenía reparo alguno en dar á los ingleses otro Calais, y, sin embargo, Francia se acorda-

XVII<sup>e</sup> siècle: Hugues de Lionne, *ses ambassades en Italie* (1642-1656), París, 1877, y *Hugues de Lionne, ses ambassades en Espagne et en Allemagne, la paix des Pyrénées*, París, 1881. Cánovas del Castillo, *Estudios del reinado de Felipe IV*. Guizot, *Histoire de la République d'Angleterre et de Cromwell*, París, 1854, 2 vol. S. Gardiner, *History of the Commonwealth and Protectorate*, Londres, 1894-1903, 3 vol. El tercer volumen llega sólo hasta 1656. J. R. Seeley, *The Growth of the British policy*, Cambridge, 1895, 2 vol., traducida por el coronel Baille con el título de *Formation de la politique britannique*, París, 1896-1897, 2 vol. R. Dollot, *Les origines de la neutralité de la Belgique et le système de la Barrière*, París, 1902. E. Haumont, *La guerre du Nord et la paix d'Olivier*, 1633-1660, París, 1893. Erdmannsdörfer, *Deutsche Geschichte vom Westphälischen Frieden, bis zum Regierungsantritt Friedrichs des Grossen*, 2 vol., 1892-1893 (Colección Oncken).

ba como de una injuria de la ocupación de esta plaza por una guarnición inglesa: Enrique IV había preferido dejar que los españoles se apoderaran de ella á permitir que entraran de nuevo en ella los ingleses, y Richelieu probablemente no habría jamás consentido, siendo como era francés de vieja cepa, en traer otra vez á los ingleses á nuestras costas. Quizás Mazarino pensaba que la República no duraría en Inglaterra y que él podría recoger algún día la carta abandonada en aquella jugada; ó acaso quería solucionar de una vez el conflicto. Francia, dice el embajador veneciano Nani, caída «en un estado de languidez extrema, no podía poner en campaña más que ejércitos mediocres ni conquistar cada año más que algunas pulgadas de tierra y pequeñas plazas... Todo el mundo detestaba la guerra...; pues no había familia que no contara varios lutos...» Además, el cardenal temía que una victoria de Condé resucitara la Fronda. Por todas estas razones no creyó pagar demasiado caro el medio de obligar al fin á España á aceptar la paz.

También sostenía negociaciones con Alemania para evitar el peligro de una intervención, en los Países Bajos, del emperador, que había empezado á enviar allí soldados. Fernando murió en abril de 1657 y Mazarino concibió la idea de hacer elegir emperador á Luis XIV, quien fué á Metz á pasar los meses de septiembre y octubre; de este modo el imperio, que en el año 800 había sido transferido de los romanos á los francos y en el siglo XI de los francos á los alemanes, volvería á Francia. Mazarino, por su parte, soñaba á veces con la tiara, y de realizarse este sueño, su pupilo y él, emperador el uno y papa el otro, gobernarían lo temporal y lo espiritual, como en otro tiempo Carlomagno y Adriano. Pero como hay cosas que, á pesar de todo, no se realizan, fué preciso abandonar la candidatura del rey y contentarse con impedir, á ser posible, la elección de un Habsburgo, á cual efecto fueron enviados á Francfort el mariscal de Gramont y Hugo de Lionne, bien provistos de dinero para negociar con los electores. Llegaron allí los emisarios en agosto de 1657 y comenzaron los tratos, no faltando quienes se vendieron á sus dádivas; pero el elector de Baviera, cuya candidatura apoyaban, se retiró, con lo que estaba asegurada la elección de Leopoldo, y entonces los franceses pidieron á éste que á lo menos prometiera en su «capitulación» no intervenir «para nada en las guerras que se sostienen actualmente en Italia y en el círculo de Borgoña,» cosa que lograron fácilmente, pues si Francia quería impedir que el emperador ayudara á España, los príncipes alemanes, á su vez, entendían que el imperio no debía ponerse al servicio particular de los Habsburgos.

Esta coincidencia de los intereses de Francia y de los de los príncipes hizo que en 15 de agosto de 1658 se concertara una liga entre los electores de Maguncia, de Colonia y de Tréveris, el duque de Neuburgo, los tres duques de Brunswick, el landgrave de Hesse y el rey de Suecia en su calidad de duque de Bremen y de Verden. Al día siguiente adhirió á esta liga el rey de Francia, á título de «miembro de la paz,» consignándose en el acta de adhesión que el rey cristianísimo y los confederados «han firmado entre una buena amistad y una correspondencia de defensa mutua.» Si «con motivo ó pretexto de esta correspondencia» eran tratados como

enemigos por quienquiera que fué, lo mismo dentro que fuera del imperio, se ayudarían uno á otro con todas sus fuerzas y pondrían en movimiento sus ejércitos. El rey obtuvo la seguridad de que los coligados no dejarían pasar tropas que contra él se enviaran á los Países Bajos ó á otro punto cualquiera.

servar la paz á tanta costa adquirida. Temía sobre todo ver reavivarse «un fuego que había abrasado á Alemania, reduciéndola casi á cenizas,» y decía y repetía: *Inquire pacem et persecuere eam*, busca la paz y persíguela. Se acordaba de la gloria del Sacro Imperio, que en otro tiempo había sido el árbitro entre las naciones, y



Don Juan de Austria, copia de un cuadro de A. Sánchez Coello. (Museo Nacional de Madrid.)

Esta «Liga del Rhin» era ventajosa para Francia, pero tanto como Mazarino la había deseado el arzobispo de Maguncia, el elector Juan Felipe de Schönborn, personaje extraño, instruido, «libre y alegre en su conversación,» muy buen administrador y tolerante hasta el punto de tener á su servicio algunos luteranos. Consideraba el Imperio como una aristocracia gobernada por el colegio electoral, del que él era el jefe, y al emperador como una especie de presidente honorario. Los embajadores de Francia en Francfort encomian su «amor especialísimo á su patria,» á la que quería con-

la de la sede de Maguncia, á la que iba aneja la archicancillería. Era un arqueólogo en política; pero el hombre que soñaba con estas restauraciones imposibles era incapaz de hacer traición á «su patria;» así es que si bien quería entenderse con Francia, limitaba esta inteligencia sólo á aquellos puntos en que los intereses de esta potencia concordaban con los de Alemania, tales como él los comprendía. Los embajadores de Francia se quejaron de su conducta durante las negociaciones y aun hubo un momento en que riñeron con él.

La Liga del Rhin no es, pues, una operación genial



y extraordinaria de la política de Mazarino ni una prueba de la sumisión de Alemania á los planes de Francia; los príncipes católicos y protestantes que se habían coligado para mantener la paz, amenazada siempre por la política de los Habsburgo, podían considerar su unión como un acto patriótico. Ya en aquel tiempo, muchos patriotas germánicos deseaban que «se arrancaran las raíces» del Austria en el suelo alemán, y si la política ulterior de Francia en Alemania hubiese sido sabia y sincera, el Austria, despojada de la Alsacia, su extrema avanzada occidental, y cortadas por la Liga del Rhin sus comunicaciones con los Países Bajos, habría sido rechazada hacia Oriente dos siglos antes de Sadowa.

En Italia, Mazarino se atrajo de nuevo á los príncipes que, al recibir los favores de la fortuna, habían desertado, y casando en 1654 á Alfonso de Este, hijo del duque de Módena, con una de sus sobrinas á la que dotó regimiento, y logrando del duque de Mantua que aceptara en Casale una guarnición suiza pagada por Francia. Aquel mismo año, un pequeño ejército francopiamontés entró en el Milanesado, pero no pudo apoderarse de Pavía. Una expedición realizada en 1654 contra Nápoles no había sido, como tantas otras, más que un desembarco y un reembarco sin haber hecho nada. En la frontera de los Países Bajos era en donde había de decidirse la guerra.

Mazarino habría querido emplear en otra cosa que en el sitio de tres ciudades los soberbios regimientos ingleses que desembarcaron en Boulogne en el mes de mayo de 1657; pero Cromwell no lo permitió, Mardick fué tomada en octubre y entregada á los ingleses, y en mayo de 1658 Turena puso sitio á Dunkerque, y habiendo los españoles, al mando de don Juan de Austria, querido socorrer aquella plaza, fueron seriamente derrotados en las Dunas, en 14 de junio. La ciudad capituló y los ingleses entraron en ella. Gravelinas, tomada en agosto, quedó en poder de Francia. Turena se apoderó de Audenarde, desde donde amenazaba Bruselas y Gante, y luego de Ipres y de otras plazas más. La Flandes estaba casi conquistada y había motivos para creer que lo estaría del todo al año siguiente.

A pesar de todo, España no se resignaba con la paz; costábale confesarse vencida y quizás tanto como esto le costaba tomarse el trabajo de una resolución grave, como lo era la de acabar una guerra empezada hacía veinticuatro años y á la que se había acostumbrado. Por otra parte, sabía que la principal condición de una paz con Francia había de ser el casamiento del rey con la infanta mayor, María Teresa; y como en España no regía la ley sálica y por consiguiente las hembras, á falta de herederos varones, subían al trono, y como, además, Felipe IV sólo tenía un hijo varón nacido en 1657 y tan débil y frágil que no cabía esperar que reinase, la corte de Madrid se resistía á dar á Francia la esperanza de que una reina francesa sería un día reina de las Españas. Por esto fingió no entender la proposición de matrimonio que se le hizo en 1656 á pesar de haber sido dicha proposición acompañada de la promesa de que si España la acogía, «la paz quedaría inmediatamente concertada.»

Mazarino, para obligarla, recurrió á la variedad de sus medios, ora aterrorizando, ora seduciendo al consejo de España como dice el embajador de Venecia. La

reina madre había deseado siempre el matrimonio español, con la esperanza de que así se reconciliarían sus dos patrias, y apremiaba al cardenal para que lo consiguiera. Sus instancias fueron más vivas después que una enfermedad grave hubo puesto en peligro la vida del rey en julio de 1658; aquella enfermedad fué considerada como un aviso de Dios, irritado por las discordias que atormentaban á la cristiandad:

«Interpretóse la enfermedad, escribe el embajador Nani, como una voz del cielo que exigía la paz; y la reina madre, se impresionó tanto y tanto se asustó el cardenal, que la dicha reina se obligó, por un voto secreto, á hacer cuanto pudiera por traer la paz. Lo que sí es cierto es que al recordar al cardenal Mazarino cómo, en el tiempo de las barricadas y de la guerra civil, se había expuesto ella misma y había expuesto la corona por defenderlo, exigió que á su vez, por gratitud, hiciera lo posible para que le dieran como nuera á la infanta su sobrina, con la paz por dote, prometiendo sostenerle en la dirección de los negocios de manera que no tuviese menos autoridad en tiempo de paz que la que había tenido durante las agitaciones de la guerra (1).»

Por otra parte, el rey estaba ya en edad de casarse y ardía en deseos de tomar estado, pues era de temperamento enamorado. Habíase convenido que, en defecto de la infanta, se casaría con su otra prima hermana, la princesa Margarita de Saboya; y habiéndose, al parecer, decidido la corte de Francia por este segundo proyecto, dióse cita á la familia de Saboya en Lyon para el mes de noviembre. No obstante los deseos manifestados por la duquesa de Saboya, no se le hizo promesa alguna antes de la entrevista: la boda se realizaría si la joven gustaba al rey. Luis XIV, la reina madre y el cardenal llegaron á Lyon el 24 de noviembre, y cuando se anunció que se acercaban á la ciudad las damas de Saboya, el rey, acompañado de su madre, salió á recibir las á cosa de media legua de la población. Luis XIV encontró á su prima algo morena, pero muy agradable y de muy buena figura, y mientras caminaban juntos hacia Lyon, conversó con ella alegremente y, contra su costumbre, habló mucho; de suerte que la duquesa madre, que había venido para presentar una hija casadera, creyó que se la llevaría de nuevo á su país prometida al rey de Francia.

La noticia del viaje de Lyon, que había corrido por toda Europa, causó profunda emoción en España. El rey Felipe «veía que con este matrimonio la guerra entre Francia y España sería más dura que hasta entonces;» y en efecto podía temer que en Italia tomaran mayor vigor las hostilidades. No esperaba socorro de ninguna parte, y la muerte de Cromwell, acacida en el mes de agosto, había destruído sus esperanzas en un cambio de la política inglesa, cambio que pudo estimar posible mientras vivió el Protector, porque, según dice el embajador Nani, «era hombre infinitamente astuto... tenía tan atemorizadas las dos coronas (de Francia y de España) que ninguna de ellas se atrevía á murmurar una palabra de paz por miedo de infundirle sospechas y de que la otra se prevaliera de esta sombra de veiledad.» Además, el rey Felipe sentíase cada día más do-

(1) *Relazioni degli ambasciatori...*, tomo III, pág. 39.

lorosamente impresionado por la vergüenza de la interminable guerra de Portugal; aquel mismo año 1658, su ejército había sido derrotado por los portugueses en Elvás, y el monarca español comprendía que sólo reconciliándose con Francia podría vencer á ese enemigo próximo. Finalmente, quién sabe si, aun desagradándole el matrimonio de su hija con Luis XIV, estaba convencido de que una especie de fatalidad imponía su realización. La infanta, que no se atrevía á pensar mucho, confesará más adelante que «tenía en el corazón un presentimiento que le advertía que el rey había de ser su esposo y que sólo ella era digna de él,» por lo ilustre de su cuna. De todos modos, el rey Felipe, al enterarse de la amenaza del matrimonio de Saboya, exclamó: «Esto no puede ser y no será;» y á toda prisa y secretamente envió al cardenal un mensajero ofreciéndole «la boda y la paz.»

El mensajero, Pimentel, apenas hubo llegado á Lyon, propuso el matrimonio al cardenal, y el negocio quedó arreglado en seguida. El rey, «que por la bondad de su juicio conocía la infinita distancia que mediaba entre la infanta y la princesa María Teresa, no vaciló un instante... en dar su consentimiento;» y las damas de Saboya pusieron al mal tiempo la mejor cara que pudieron. El cardenal les prometió que si sobrevenía algún impedimento en el matrimonio con la infanta, el rey se casaría con la princesa, y regaló á ésta pendientes «de pequeños diamantes y de oro esmaltado en negro... junto con una porción de joyas de olor.» Mademoiselle refiere que la princesa quedó encantada de aquellos regalos y «todos los que formaban parte del viaje admiraron el cambio de haberla visto llorar después de comer y verla tan alegre por la tarde.» Aquel viaje de Lyon había sido un rasgo de habilidad de Mazarino, y muy propio de él, siendo posible que no declarara sus intenciones á la reina madre ni al rey, pero siéndolo también que la madre y el hijo representaran la comedia lo mismo que el cardenal.

Las negociaciones para el matrimonio y la paz, comenzadas en Lyon, se continuaron en París, adonde regresó la corte á fines de enero de 1659; y tan largas y difíciles fueron que hasta el 4 de junio no se firmaron los preliminares. Mazarino y don Luis de Haro, primer ministro de España, citáronse en un islote del Bidasoa, y transcurrieron cinco meses más, desde agosto á noviembre, sin que el asunto adelantara un paso. Don Luis de Haro se defendió tenazmente en todos los puntos discutidos, y el embajador veneciano le admiraba por haber atraído al cardenal, como á una emboscada, «al Congreso de los Pirineos y por haberle encerrado en un rincón del cual, ahora que se habían divulgado como ciertas las esperanzas de paz, no podía retirarse sin hacerse víctima del odio y de la abominación del mundo entero.»

España, por escrúpulo de honor y también para demostrar á los franceses que no abandonaba á sus amigos y para desanimar á los descontentos que en lo porvenir pudieran dirigirse á ella, exigió que el príncipe de Condé fuese reintegrado en la posesión de todos sus bienes y honores; pero el cardenal no quería asentir á una condición ofensiva para «el honor del rey,» que ya había sido causa de una ruptura de negociaciones en 1656, cuando Francia se negó á que en

el tratado se consignara el nombre del rebelde. Don Luis insistió ofreciendo ceder Philippeville, Marienburg y Avesnes como rescate del príncipe de Condé y aun amenazó con darle un principado en las Calabrias ó en la frontera misma de Francia. En vista de ello, el cardenal se vió obligado á deponer su resistencia. Condé hizo saber al rey que estaba «en extremo apesadumbrado por haber observado, de algunos años á aquella parte, una conducta desagradable á Su dicha Majestad,» añadiendo que «quisiera poder rescatar con la mejor parte de su sangre todos los actos de hostilidad por él cometidos dentro y fuera de Francia,» y que, por lo demás, no pretendía sino lo que le otorgaran «la sola bondad y el propio impulso de dicho Señor Rey, su soberano señor.» Entonces el rey, «por contemplación de la paz y teniendo en consideración la intercesión de Su Majestad católica... usando de su clemencia real, acogió «al príncipe en su benevolencia» y prometió darle el gobierno de la provincia de Borgoña y Bresse, restituirle sus «bienes, honores, dignidades y privilegios de primer príncipe de su sangre.» Esta rehabilitación de Condé fué un triunfo para los negociadores españoles, como lo fué asimismo el lograr que el rey de Francia consintiera en abandonar á su aliado, el rey de Portugal: el compromiso que contrajo de no ayudarle de ningún modo hállase repetido en términos superabundantes en varios artículos secretos; de suerte que se ve claramente que esta era una de las condiciones á que España daba mayor importancia.

Cinco artículos del tratado enumeran las restituciones hechas por Francia á España, en los Países Bajos, en donde devolvió Ipres, Oudenarde, Dixmude, Furne etc.; en Italia, en el Franco Condado y «en la parte de España,» en donde eran numerosas y considerables.

En cambio, Francia hizo incluir en el tratado las cláusulas del convenio que pretendía imponer al duque de Lorena, tales como el desmantelamiento de Nancy y la cesión á Francia del ducado de Bar, de Moyenvic, Stenay, Dun, Jametz y del condado de Clermont, en la inteligencia de que si el duque no las aceptaba, la Lorena continuaría ocupada por las tropas francesas. El rey de España no se había creído obligado por honor á Carlos IV, quien no sabía lo que era honor, y al que tenía encarcelado en Madrid desde hacía cinco años.

España restituía Juliers al duque de Neburgo, aliado de Francia, y cedía á ésta Philippeville, Marienburg y Avesnes; estas cuatro plazas eran el rescate de Condé. Además cedía el Rosellón y Cerdeña, el Artois, excepto Aire y Saint-Omer; en Flandes, Gravelinas, Bourburgo y Saint-Venant; en Hainaut, Landrecies y Le Quesnoy, y en Luxemburgo, Thionville, Montmedy y Damvilliers. Los Países Bajos, cuya posesión parecía á Mazarino tan necesaria á la monarquía, quedaban, pues, casi intactos, pero venían comprendidos en las esperanzas que la infanta aportaba en dote al rey de Francia.

Estas esperanzas inquietaban al rey Felipe, á quien se vió un día llorar en público, olvidando «su dignidad natural,» y que exigió que se estipulara en términos concretos y repetidos la renuncia de la infanta á la sucesión de toda la monarquía ó parte de ella. Mazarino había pedido que de esta renuncia quedaran exceptua-